

Enrique Labrador Ruiz

## ¿Dónde está la poesía?



los 71 años del nacimiento de Darío, ciertos observadores del panorama literario se quejan de que nadie se acuerde de él y de que sea, en efecto, un olvidado definitivo y traspuesto.

No hay de qué quejarse.

Darío pasó con su tiempo y su tónica arrastrando, como todo meteoro, una cauda fugazmente deslumbradora: su propia tumba de silencio. Queda por ahí, es natural, un rezago mustio de floripondistas del verso, cazadores de adehalas en concursos y otras zarandajas de cachiporra, todos muy rubeneanos, eso sí . . . , pero solamente en las máculas. El verdadero Rubén, lo que ha de perdurar de él, vendrá a flote por lo menos de aquí a cinco o seis lustros, según la precisa mecánica que gobierna los destinos literarios. (Es una curiosa observación la de esta mecánica: mírense sin más los casos de Góngora, del mejor Quevedo, de Garcilaso; la vuelta a ellos, el auge y esplendor de sus técnicas y sus tónicas empenachadas de dulces hallazgos después

de muchos años de olvido. Como saldrán a flote en su día, por su condición de paladines del modernismo, Lugones, Nervo, Herrera y Reissig, tal vez algún otro, cogidos todos por el momento en un vacío de clamor sin eco ni resonancia).

Veamos ahora una consecuencia del desplazamiento general de estos antiguos nombres, algunos muy caros para la gente de letras que bordea la cincuentena.

Si como está, más que escrito, sentido en el corazón del artista, a nuevos tiempos nuevas canciones, ningún tiempo como éste para fabricarse su espíritu cantor. He ahí a un Neruda, a un Valery, a un Claudel—para dar solamente tres grandes corrientes de entronque—haciendo cada cual y a su modo la ruta esencialmente paráclita inevitable a la órbita de toda generación desconsolada. Ellos han dicho su fe, su afán, la ardiente lucha, el modo político, social y religioso de una hora del mundo enfrentada a su íntimo problema, con término y expresión peculiares. Este re-tazo de tiempo dramático, eminentemente poético, riquísimo en cuestiones, va fabricando así la alta columna de su tránsito con una voz nacida a partir de 1918; es decir, con una voz de otro registro que nada tiene que ver con las voces anteriores, ni buenas ni malas, sino simplemente a los efectos exhaustivos de su germinidad, cero.

Esgrimiendo un cetro despojado de toda pompa vana, el numen insurgente flamea un haz de verdades macizas, penetradas ellas también de trascendente lirismo,

de recio y ostensible lirismo varonil, bastante lejano a los fáciles lloriqueos sentimentales y los arduos rompecabezas de alcoba que afligían a nuestros abuelos. Una poesía redondeada a fuerza de puntiagudos conflictos —acoso y medro de formas, dominio de lo imponderable, sujeción de lo inaprensivo—; de sin fin de batallas—sueño y realización, cotejo y variaciones—; de infatigables contiendas—anhelos sublimados, deseos codificados—; una poesía olorosa a trementina y agua de lavanda por igual, se hizo camino con elástico paso de olimpiada, clavó sus banderolas en empinadas crestas y pobló el aire de gritos y urgencias vírgenes.

La tierra se rendía una vez más al espíritu de conquista.

\* \* \*

Pero a poco se advierte que la nueva escuela se ve aquejada, a través de toda su brillante historia, del desdén manifiesto del público, esa forma de neurastenia progresiva que le aparta de los actuales tomos de verso. En vano se ha dado una y otra vez el do de pecho con estupendos volúmenes, con cuadernos recargados de armoniosa belleza. ¡Y qué diversidad de matices y caprichos verbales! ¡Y qué alegría de trabajo! ¡Y qué grandeza de idea y concepción! La polémica misma ha entrado a la poesía por la puerta grande, y con la polémica la agresividad, la guerra, la muerte artera... ¡Nada! ¡Indiferencia! El libro en esta época

no se vende; pero el libro de versos ni siquiera despierta curiosidad: pasa a ser cosa de capilla cerrada. ¡Horror!, cuando el artista necesita público, público, público y nada más que público. Es un doloroso y tremendo hecho el no tener lectores.

¿Qué sucede? Sencillamente, se vive un clima difícil de acomodación. El estado relacional entre el canto y su objeto no está perfectamente establecido. (El canto tiene objeto, porque es una consecuencia, pero aspira a un objeto como vehículo de realidad). Algo vacila entre estos dos hitos todavía. Los malintencionados dicen: «Muchos conceptos, muchos, pero... ¿dónde está la poesía?» Es decir, lo que un consensus de cierto paladar quiere que sea poesía, ¿dónde está? He aquí el aprieto en que nos ponen los contrarios, porque los contrarios nos piden una realidad que no podemos darle, una realidad que no existe, una realidad poética. El caso es que ellos no ven en la intención, acaso en la estructura del nuevo poema, lo que su paladar tiene por costumbre; lo que quiere gustar; lo que espera encontrar. Cosa evidente: algo les aburre, les cansa, les irrita a lo largo de la refriega. ¡Difícil clima este de la acomodación! Y si tomamos para remate lo de la poesía exaltadamente impura—que ese mismo consensus no comprenderá jamás—ya tendremos el cuadro total de la poética presente—victoriosa y sin adictos—y, como es lógico, su destino no difícil de prever, para de aquí a... pongamos equis años. Queda un consuelo: la esperanza en la mecánica de los

destinos literarios, aunque larga esperanza, porque se cobra en ceniza.

\* \* \*

¿Remedios? ¿Es cosa de remedios? Desde luego que sí, y de pronta aplicación, ya que va comprometida en esta cosecha de frialdad la salud del alma de un arte indistanciable de sus esencias más puras y populares. Algo hay que hacer para acortar esta lejanía entre la voz y su eco, este empequeñecimiento de proyección entre el espejo y su reflejo; angustia desoladora de la cual nace exclusivamente el tráfico clandestino y minoritario del iniciado con su preferencia, cosa de poca monta para los últimos fines de un arte total y verdadero.

Por de pronto, lo cierto es que habría que preservarse de alguna forma del desmesurado antiénfasis poético para mantener una estabilidad entre público y lector, cierta entente de todo punto necesaria hasta lograr el ajuste definitivo entre los términos. Llamo antiénfasis poético particularmente a esa propensión superlativa a la metáfora desnuda, a la obscuridad tangible, a la desafectación sumaria de que hacen gala numerosos de los actuales bardos. Y no es que esté mal—nunca estará mal lo simple—, sino que está peligrosamente situado a favor del desafuero lírico: plato fuerte, rebullente de especias raras; plato de digestión lenta y difícil, coronado de flores e insectos; verdadero y exqui-

sito nido de golondrina, ¿cómo se va admitir sin una previa enseñanza de la colmada y caudalosa mesa oriental? Y ese áspero vino que le acompaña, ese ardiente y suelto vino demasiado desdeñoso de toda antigua formalidad, ¿no se sube fácilmente a la cabeza y prueba a confundirnos por ensalmo de simpleza escueta? Enjuta irá la poesía para el enjuto tiempo que vive, pero no harto ceñida de sibilinos hermetismos que el vulgo—siempre un poco afectado—considera anti-poéticos. Y no se diga vulgo con demasiada reticencia, y aun diría que con ninguna, porque si el último extremo de la poesía como arte social es comunicarse, hagamos el modo de lograrlo con quien precisamente lo amerita. Ni tanto que baje el verso, ni que la masa suba, pero sí que se entiendan en un punto medio y sabio.

\* \* \*

Un oficiante del arte esencialmente proletario, el vigoroso autor de «La rosa blindada», habla en alguna parte del respeto que merecen aquéllos que barajan en sus poemas elementos calientes; aquéllos que hacen no una obra revolucionaria, pero sí una obra viva, llena de tierra y llanto, cubierta de raíces y de sangre.

Parece una concesión; un sobrio matiz de la fiera voz nacida del barro de las nuevas trincheras; un dejar hacer, un dejar pasar y, en resumen, una alianza inteligente entre cerebro y manos para la gran obra de re-

conciliación—no es tópico—del espíritu con la materia.

Muerto Darío el 16, ¿pudo él imaginarse un momento la avalancha que le iba a suceder y que le iba a arrastrar y confundir tan resueltamente? No. Sólo que todas las escuelas caen por esa misma falta de previsión, de maleabilidad, de neutralidad en el tiempo, de cálculo en la periferia futura... Y aunque es una lección, se olvida fácilmente. ¿Quién de los grandes de ahora soslaya el destino de sus éxitos actuales y, en definitiva, el verdadero secreto de la poesía, de la eterna e imperecedera poesía que nadie sabe dónde está?

La Habana, Cuba, 1938.